

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LAS HAZANAS DE MOCTEZUMA

ILHUIGAMINA

Ó SEA

EL FLECHADOR
DEL CIELO



MAUCCI H^{OS}

MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

Las Hazañas de Moctezuma Ylhuicamina

ó

EL FLECHADOR DEL CIELO

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1
1900



Las Hazañas de Moctezuma



Con que entusiasmo vais á leer, mis amiguitos lectores, la relación maravillosa de las aventuras, batallas y encuentros, que hicieron del joven «Moctezuma Ilhuicamina», el rey más valiente y más noble de los aztecas.

Su atrevimiento en los combates y la seguridad con que manejaba las armas, le dieron ese nombre, que significa «Flechador del Cielo».

Todo parecía entonces que era dicha para los aztecas; pero no obstante, amenazábales una terrible calamidad: el feroz «Maxtlatón», aquel rey de «Atzcapotzalco», aquel traidor que era tan cruel. Odiaba á México, y había jurado acabar con la ciudad, prenderle fuego y cortarles las cabezas á todos los mexicanos para hacer con ellas un monte tan grande como el «Ajusco».

Después de que murió, «Maxtlatón», que era muy poderoso, porque dominaba por todas partes, hasta en Texcoco, quiso mandar á México como rey á uno de sus generales.

Entonces fué cuando el joven «Moctezuma Ilhuicamina» se dió á conocer por su valor y patriotismo. Estaban en el Consejo para elegir al nuevo rey, que los ancianos aztecas que tenían orden de «Maxtlatón», bajo pena de la vida, de elegir á un jefe de «Atzcapotzalco», cuando el valiente «Moctezuma», que era un «caballero tigre» que ya había combatido en grandes batallas, exclamó:

—¡Nunca, miserables traidores que se han vendido al enemigo de la patria! ¡nunca se elegirá por rey de México á un vil vasallo del tirano de «Atzcapotzalco»!

¡México sólo debe tener reyes mexicanos! ¡El qué debe ocupar el puesto que «Huitzilopochtli», dios de la guerra, ordena que se le otorgue, debe ser el valiente »Itzcoatli»!

Apenas hubo pronunciado estas palabras «Moctezuma», cuando rodó ensangrentado por las losas del pavimento sin que se supiera quien lo había herido.

Un anciano gritó: «¡Fuera ese temerario joven!... ¡qué lo arrojen á la laguna!...»

Mas hé aquí, que cuando lo buscaron los viejos sacerdotes no vieron en el lugar que ocupaba hacía un momento sino una mancha de sangre... ¡había desaparecido... pero un anciano, contemplando la sangre, gritó á los demás:

—¡Aquí está pintada con la sangre azteca el águila del «Tenochtitlán», ella



dice que «Itzcoatl», temible guerrero, «sierpe armada de puñales», sea el rey; yo, el viejo «Cabeza Blanca de ojos tristes» que ví las glorias de nuestros padres, os digo en nombre de los dioses que «Itzcoatl» será el rey!»

*
* *

¿Qué había pasado ^{entretanto} con el audaz «Flechador del Cielo», que había

rodado herido por las losas del palacio de los ancianos?...

¿Qué alevosa mano le había herido por la espalda con largo cuchillo de «iztli»...

¿Por qué nadie vió la infamia del traidor?

¿Qué poder mágico y benigno salvó la vida al guerrero, haciendo que el cuchillo se quebrara al llegar al corazón? . . .

.
¡Misterio!... ¡misterio!...

—Pues bien, «Hilautlin» era una nieta de «Ixuauxochitl» ó por otro nombre «Flor de Perdón»... vivía oculta en un jacalito que estaba en una «chinampa» flotando allá en la orilla de la ciudad, que como ya os he dicho varias veces, estaba construída sobre el agua «Hilautlin», vivía acompañada por un viejo gigante «chichimeca» que se iba de caza todas las noches por entre los montes y por dos enanos muy chiquititos pero muy fuertes, que se vestían unas veces con hierbas y otras veces con plumas, de suerte que parecían ya arbolitos que an-

daban, ya gordos patos que pescaban por la laguna.

También tenía la bella «Hilautlin», un «zentzontle» primorosísimo, color de oro, y una viborita blanca que tenía la gracia y el encanto de hacerse tan chica como un mosquito, y tan larga, tan larga, que se iba estirando como un hilo, metiéndose en el agua y haciéndose invisible, hasta dos leguas y media.

Con estos misteriosos animales, con el viejo gigantón «chichimeca» y los dos enanitos esclavos papotecas, la bella «Hilautlin» pasaba la vida sirviéndole de palacio el humilde jacal de «tules» y «carrizos» en medio de la «Chinampa», que bogaba de un lugar á otro de la laguna, ya huyendo, ya acercándose á la ciudad.

La linda «Hilautlin», que tenía la misión de cuidar la raza de los reyes de México, supo una noche la muerte de «Chimalpopoca» por el pico del «zentzontle».

— ¡Ah, querido pajarillo! — murmuró

tristemente la joven,—el nuevo rey de «Tenochtitlán» no deberá tener esa suerte; vuela á la ciudad y ven á decirme á quien eligen...

Entretenida contemplando unas mariposas que jugueteaban sobre las amapolas de la «chinampa» estaba «Hilautlin», cuando vuela y vuela, llegó el «zentzontle» diciendo:—Reina mía, salva á «Moctezuma», va á matarlo, un vil «tecpaneca» mandado por «Maxtlatón», rey de «Atzcapotzalco», para que no proponga á «Itzcoatl» como rey de los mexicanos.

¡Víbora, alárgate y contén el cuchillo que iba á matar á Moctezuma; viejo gigante, fieles enanos, poned en la canoa las armas más fuertes y los trajes más hermosos y ricos, que son el tesoro de mis padres, y remad, remad por el canal que conduce hasta el palacio donde los ancianos aztecas eligen á su rey! . . .

¡El canto de mi buen «zentzontle» os dará mis órdenes!

La viborita se alargó, se alargó hasta llegar al Consejo, y se enroscó sin que

nadie la viera en el cuchillo que hirió á «Moctezuma» en la espalda, conteniéndolo antes de que tocara el corazón. Cuando rodó por las losas el cuerpo de «Flechador del Cielo» hasta quedar en el umbral de la puerta, detrás de la multitud, llegaron vestidos de garzas los enanos, cubriendo con sus alas blancas al guerrero. Afuera, transformaron sus vestidos de plumas en hierbas, continuando en cubrirlo hasta llegar al borde del canal, donde lo colocaron dentro de la canoa.

Allí esperaba el gigante viejo; el zentzontle traía en su pico unas florecillas rojas que exhalaban un aroma exquisito. Delicadamente las dejó caer sobre la ancha herida que abría la espalda del príncipe guerrero, trinando al mismo tiempo esta cancioncita:

¡Oh, flores de roja espuma
Flores de amor y consuelo:
Dad vida al gran «Moctezuma»,
Al gran «Flechador del Cielo»!



La canoa, impulsada por los remos de los enanos, hendía como un rayo las aguas del canal.

«Moctezuma Ilhuicamina» se levantó repentinamente, preguntando:

—¿Dónde estoy? ¿á dónde voy?

—Estáis con amigos que os aman; iréis á dónde queráis: ordenad. Aquí hay ar-

mas y trajes de pieles régias y de plumas espléndidas,—le contestó el viejo gigante humillándose hasta poner su cabezota tocando las plantas de «Moctezuma».

—Los dioses están conmigo; voy á salvar la patria, vamos á «Atzcapotzalco», voy á ver al tirano «Maxtlatón»; voy á decirle que México quiere por rey al descendiente de «Acamapitzin Itzcoatl», la sierpe de los agudos cuchillos.

—Haz tu voluntad,—dijo el gigante,—yo y estos enanos te ayudaremos en tu hazaña; pero sabe que «Maxtlatón dará la muerte al primer mexicano que entre en «Atzcapotzalco»; tiene un ejército cerca de su ciudad, tendremos que luchar con ese ejército de «tecpanecas».

Así sucedió en efecto... apenas se acercó la canoa á los límites del reino de «Atzcapotzalco», cuando llovió sobre ella un diluvio de flechas y piedras; pero «Moctezuma», teniendo por escudo al gigante, empezó á disparar flechas sobre los enemigos; con tal certeza y con tanta prisa, y tan agudas eran las puntas de



sus raras saetas, que dejó muertos en unos minutos centenares de hombres... los demás huyeron. Entonces, dejando la canoa, soberbiamente vestido de caballero sierpe, con un gran casco de oro macizo y plumones magníficos con el escudo pesado, durísimo y pintado con hermosos colores, que había servido á los guerreros esposos de las princesas hijas

de «Flor de los Lagos», llegó «Moctezuma» hasta «Atzcapotzalco»; una multitud de guardias quisieron impedirle la entrada al palacio del tirano, pero á la sola voz del guerrero azteca, todos, llenos de pavor, se prosternaron, dejándolo pasar.

Cuando estuvo enfrente del rey, le dijo «Moctezuma» presentándole el «copal» de los embajadores: «Maxtlatón», en nombre del pueblo mexicano vengo á decirte que ha elegido para su rey, pese á tu voluntad, á «Itzcoatl».

Y sin esperar respuesta, salió el joven «Flechador del Cielo, matando á cuantos atrevidos guardias quisieron detenerlo.

Llegó á la canoa, que le esperaba en el canal, regresando á «Tenochtitlán» aquel mismo día, y cuando con más ansia y desesperación lo buscaban los guerreros y el pueblo azteca, se presentó en las calles orgulloso, sano y salvo, gritando:

—¡Aztecas, vengo de «Atzcapotzalco»; vencí á nuestros enemigos, y dije al tirano «Maxtlatón» que «Itzcoal» será nuestro rey, y que todos nosotros y yo pelearemos hasta morir por nuestra independencia!

*
* *

El entusiasmo del pueblo y de los guerreros al oír estas palabras fué indescriptible, aclamando todos al valiente joven «Moctezuma Ilhuicamina», quien más tarde iba á ser también, como os he dicho, uno de los más valientes y nobles reyes de México.

El tuvo la gloria, como lo veréis, de extender no sólo la ciudad de «Tenochtitlán», sino todo el reino de «Anahuac» empuñando guerras terribles contra bár-

baros pueblos en lejanas regiones, protegido por aquella misteriosa «Hilautlin» que le salvó la vida tantas veces, dándole siempre la victoria en las batallas.

Estas habré de referirlas á mis buenos lectores mexicanos, en la siguiente interesantísima narración.

Leed la continuación de este episodio, la interesantísima narración divertida y moral:

¡EL TEOCALI DE LA SANGRE!



⊙ BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO ⊙

Historia de Meztlichotil
Las Hazañas de Moctezuma
El Estandarte Negro
Un Sueño de Moctezuma
La Muerte del rey Tizoc
Los paraísos del Nuevo Mundo
El juramento de Cuahutemoc
Historia de la bella Mallitzin
El Abismo de las Flores de sangre
Diego Colón, el hijo del Genio
El defensor de los Indios
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo
La paloma de San Pedro
La cruz de la espada
La princesa Axempaxot Chitl
La conjuración ante el huracán
El guerrero Azteca
Las fuentes del oro
Los españoles en Yucatan
El Aguila ante los hijos del sol
El Embajador Ocelotl
Los monstruos del Rayo
El castillo del poder
Hernán Cortés y sus primeras aventuras
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo

1177